

En la caja del microondas⁶



Porque la página que usted ve en la actualidad es una especie de puzzle que he procurado armar lo mejor que he podido a partir de los papeles que aparecieron en el lugar que debería estar ocupando el pequeño electrodoméstico con el que no pude calentar unos canelones de los que — creo que en alguna otra parte lo he mencionado — no quiero nunca más volver a hablar.

Y eso, fíjese, que no puedo quejarme porque ya le conté que cené bastante bien; y, en cuanto a ellos —

los canelones —, y ya por zanjar el tema de los malditos canelones de una condenada vez, habida cuenta de que calentarlos no era posible, los freí a la mañana siguiente.

Sí; los freí.

Después de echar a perder la mañana sentada frente al ordenador los saqué de uno en uno con una cuchara de su bandejita original, los pasé por harina y los freí. Y bueno; no resultaron mal. Quedaron como una especie de híbrido entre rollito primavera, empanadilla y croqueta que me comí, luego, a mediodía, sentada en la cocina bastante contrariada — aunque, ya le digo, estaban ricos y me satisfizo el encontrar para ellos una solución tan sencilla, que le recomiendo porque... pues porque soy bastante chapucera, poco exigente, la verdad, y me conformo en determinadas cuestiones con cualquier cosa hecha de cualquier manera — porque, decía, bastante, ya lo he dicho, contrariada porque, entonces, todavía, no sabía que terminaría por comprender que lo mejor era dejar las cosas como estaban y que *no había nada, nada absolutamente más que hacer* excepto, por no desperdiciar también la tarde cruzada de manos como una tonta y ante el hecho consumado de que por más intentos que hice — antes de renunciar a simplemente tirarlos a la basura y ya está — tecleando y volviendo a teclear el resultado fue siempre *Internet Explorer no puede mostrar la página*, tratar, simplemente, de olvidar.

Y olvidé. Un poco como que a regañadientes al principio, pelando una manzana, y con algo más de

En la caja del microondas⁶

entusiasmo cuando — una vez me hube tomado el café y puesto los guantes y vuelto a quitármelos porque estaba convencida de que si había algo de lo que yo estuviera segura en aquel momento en este mundo era de que no tenía ganas ningunas de fregar — me senté en el suelo firmemente decidida a hacer algo de provecho y, allí, apoyada recuerdo contra la pared, me puse a fumar.

Nadie caiga en la tentación, sin embargo, de imaginar que las cosas fueron tan deprisa o que mi predisposición cambió de rumbo de manera espontánea y natural; no, que tuvieron que pasar muchas cosas y, yo, todos nosotros en realidad, por infinidad de circunstancias que llevarían a que nuestras vidas, y nuestros mundos, y nuestros pequeños universos se fueran enredando, integrándose **en**, desmembrándose **de**, hasta convertirse en, unas veces, algo parecido a un puzzle que a saber si acertaríamos a armar, y otras veces en una especie de Juego de la Oca, en el que no resultara posible saber si avanzaríamos o retrocederíamos o nos quedaríamos estancados a la espera de que algún despistado, o algún desdichado, o algún alma caritativa, nos sacase de pozo o laberinto o cárcel o fuera nadie a saber qué.

